



NOVELA FINALISTA
VIII CERTAMEN LITERARIO VERGARA DE NOVELA ROMÁNTICA

ARLETTE GENEVE

TODAS
LAS
ALMAS

TODAS LAS ALMAS

ARLETTE GENEVE

- [CAPÍTULO 1](#)
- [CAPÍTULO 2](#)
- [CAPÍTULO 3](#)
- [CAPÍTULO 4](#)
- [CAPÍTULO 5](#)
- [CAPÍTULO 6](#)
- [CAPÍTULO 7](#)
- [CAPÍTULO 8](#)
- [CAPÍTULO 9](#)
- [CAPÍTULO 10](#)
- [CAPÍTULO 11](#)
- [CAPÍTULO 12](#)
- [CAPÍTULO 13](#)
- [CAPÍTULO 14](#)
- [CAPÍTULO 15](#)
- [CAPÍTULO 16](#)
- [CAPÍTULO 17](#)
- [CAPÍTULO 18](#)
- [CAPÍTULO 19](#)
- [CAPÍTULO 20](#)
- [CAPÍTULO 21](#)
- [CAPITULO 22](#)
- [CAPÍTULO 23](#)
- [CAPÍTULO 24](#)
- [CAPÍTULO 25](#)
- [CAPÍTULO 26](#)
- [CAPÍTULO 27](#)
- [CAPÍTULO 28](#)
- [CAPÍTULO 29](#)
- [CAPÍTULO 30](#)

CAPÍTULO 31

PRÓLOGO

Greenhill Cementery

La lluvia caía implacable sobre las personas que escuchaban la oración del sacerdote. El desconsuelo y la pena era visible en dos de los tres presentes. En el tercero, el sufrimiento no se percibía, salvo que lo mirasen directamente a los ojos.

El tiempo parecía que se había detenido en ese pequeño rincón de Irlanda, donde la climatología se había aliñado con los sentimientos de pérdida y de ira de los que asistían al sepelio. La muerte de un ser querido siempre conllevaba aparejado los sentimientos de culpa, y ausencia total de esperanza.

Allí, plantados frente al ataúd, parecía que la vida dejaba de tener significado, y que la muerte lo cubría todo: el verdugo implacable de la humanidad.

Cerró los ojos y siguió en la oración al sacerdote con un movimiento de labios, pero sin que ningún sonido saliera de su garganta. Repitió un versículo, dos, y tragó con fuerza.

¡Dolía!

Se padecía, como nada en el mundo, la muerte de un ser amado. Una muerte que consideraba injusta y tremendamente innecesaria. Escuchó el llanto de la mujer mayor, y tensó los hombros. Se sentía incapaz de consolarla, de darle la ayuda espiritual que necesitaba porque él mismo sufría por esa pérdida de la que no podría recuperarse.

Las sombras largas del recuerdo se lo impedirían.

Se centró de nuevo en la oración porque era la única forma de mantenerse erguido en esa tragedia esperada. Respiró profundo una vez, y luego otra. Se le convulsiona-

ron los hombros, y se dio cuenta de que había cedido al llanto.

Se estaba comportando como una persona que ha perdido la fe, y en alguien como él, eso era intolerable porque su obligación era dar ejemplo. Cuando el sacerdote terminó la última de las oraciones, el mecanismo se activó, y el ataúd comenzó a bajar hacia la sepultura.

La mujer se quebró, y calló de rodillas. La escuchó clamar y gritar su injusticia. Él, se mantuvo quieto en su lugar, porque no podía moverse ni dar un paso hacia delante para ayudarla, ni hacia atrás para poner distancia en ese abismo negro por el que descendía la caja de madera.

Mucho tiempo después, alguien lo golpeó en el hombro como muestra de afecto, y no se dio cuenta de que se había quedado solo frente a la tumba. La lluvia había amornado lo suficiente como para no ser tan molesta.

En medio de un silencio espectral, escuchó el sonido del motor de un coche. Oyó el frenazo, y una puerta que se abría y se cerraba. No se giró, no podía a hacerlo porque estaba paralizado.

Segundos después, una presencia se colocó a su lado. Pudo ver la tela púrpura de su vestimenta religiosa, entonces levantó el rostro y miró al hombre. Era su tío que se había desplazado desde la ciudad del Vaticano hasta Omagh en Irlanda.

—¿Qué haces aquí? —logró preguntar.

Era impensable que hubiera dejado sus quehaceres en Roma para asistir al sepelio de alguien que no había visto desde hacía más de veinte años, pero llegó tarde.

—He venido para llevarte de regreso a la casa que perteneces...

Omagh, Irlanda del Norte. 1988

Diario de Eryn O'Brian

Quisiera sonreír como si no sucediera nada. Hablar como si todo fuera perfecto. Trato de convencerme de que

todo es parte de un mal sueño, y que si lo deseo con todo mi corazón, es posible que se realice, pero cuando el corazón duele tan fieramente, es porque no es un sueño, es la cruda realidad.

En Drumragh Avenue un alma lloraba de forma desconsolada. La muchacha de catorce años no encontraba consuelo.

—Por favor, abre la puerta —ella escuchó la voz grave de su hermano a través de la gruesa madera—. Nuestra madre está comenzando a preocuparse —la angustia se agudizó en el pecho juvenil, y se transformó en más llanto—. Vamos, Eryn, no querrás que te vea con los ojos rojos porque te preguntará qué sucede, ¿y qué le responderás?

Que su madre la viera con los ojos enrojecidos era una circunstancia que no le preocupaba en absoluto. Se sentía morir de la pena porque todo su mundo se derrumbaba sobre su cabeza con la marcha de él.

—Vamos, Eryn —reiteró—, está a punto de llegar.

La puerta del baño finalmente se abrió. Gael hizo un gesto negativo con la cabeza bastante elocuente al contemplar el desaliento de su hermana pequeña. Tenía el rostro enrojecido. Los ojos hinchados por el llanto, y el brillo alegre del iris de sus ojos castaños, había desaparecido por completo dejando en su lugar una espesa neblina.

—Creo que necesitas un abrazo —la chica no necesitó más invitación. Se arrojó a los brazos de su hermano mayor que la estrechó con fuerza tratando de infundirle ánimo.

—¡Quiero morir! —exclamó la joven con voz entrecortada—. ¡No podré soportarlo porque lo amo!

Gael O'Brian la abrazó suavemente al mismo tiempo que la besaba en la coronilla.

—No digas eso —la corrigió—, ya es hora de que lo aceptes.

No, no podía porque el amor de su vida se marchaba de Irlanda hacia un lugar muy lejano.

—¡Pero lo amo! —reiteró con pasión.

Gael ocultó una mueca de incredulidad.

Desde hacía unos meses su hermana se creía enamorada de su mejor amigo, Aidan O'Conaill, que había decidido dedicar su vida a Dios siguiendo los pasos de su tío paterno. El tío era arzobispo en Roma, y le había facilitado a Aidan unas excelentes credenciales para su futura formación. En unos días estaba previsto su ingreso en la Universidad Pontificia Gregoriana, heredera y continuadora del Colegio Romano fundado por San Ignacio de Loyola.

—Sabías que este momento iba a llegar tarde o temprano —Eryn lloró más fuerte con el rostro hundido en el recio pecho—. El destino de Aidan es servir a Dios como un hombre de fe —continuó Gael.

—¡No quiero que se vaya! —bramo con voz aguda—. Apenas ha regresado, y ya se marcha para siempre. Moriré de pena.

—No se marcha para siempre —le recordó su hermano —, además, lo superarás.

—¡No! ¡No lo superaré! —negó terca.

Gael suspiró exasperado. Separó a su hermana del encierro de sus brazos para observarla mejor. Seguía sumida en la angustia, pero era muy joven y superaría el encaprichamiento que sentía por Aidan, sobre todo porque él no le había dado motivo alguno para que floreciera ese sentimiento que decía sentir. Su amigo siempre había sido correcto en el trato y educado en el habla. Su hermana se había enamorado de un hombre que jamás le había dado un incentivo en sentido amoroso, y todavía más cuando había pasado la mayor parte de su vida lejos de Omagh.

—No permitas que se marche llevándose esta imagen tuya que no te hace justicia. Ya es bastante duro para él separarse de los que considera su familia, créeme.

Eryn hipó porque no quería llorar más, sin embargo, era tanta su angustia y decepción, que no podía evitarlo.

Sabía que el destino del hombre que amaba era de ídole espiritual, aunque había mantenido la esperanza de equivocarse. Durante meses y semanas, había soñado en ser el instrumento que le hiciera entender que su vida podía discurrir por otros caminos tan importantes o más que la dedicación exclusiva a Dios.

—¡No quiero que sea sacerdote! —volvió a exclamar cerrando los ojos porque un ataque de llanto la sacudió otra vez—. ¡Lo amo!

—Eryn, es su destino —trató de convencerla Gael con voz seria.

Iba a responderle a su hermano pero el timbre de la puerta se lo impidió.

—Mójate el rostro y peina tus cabellos —le aconsejó él —, lo entretendré hasta que bajes y te reúnas con la familia. Me gustaría que se llevase un bonito recuerdo de esta última noche con nosotros.

La dejó de nuevo sola, y Eryn se volvió a encerrar en el baño.

Se dejó caer en el frío suelo y apoyó la cabeza entre las rodillas. Lo último que deseaba era causarle lástima porque ansiaba provocarle otro tipo de emoción. Era tan injusto, tan difícil de comprender para ella el camino que había escogido. Aidan era todo su mundo aunque él lo ignorara. ¡Lo amaba! Pero iba a dedicar su vida a Dios. Podría maldecir blasfemias de lo atribulada que se sentía aunque contuvo su ímpetu. Lo escuchó hablar en el piso inferior y se armó al fin de valor. Se levantó del suelo y se miró en el espejo. Estaba hecha un desastre y se sentía incapaz de impedir que las lágrimas siguieran inundando sus ojos. Abrió el grifó e inclinó la cara. Se enjuagó el rostro decidida y peinó su larga cabellera rubia.

Aidan aceptó la cerveza fría que le ofreció Gael mientras tomaba asiento en el amplio sofá del salón. Su amigo lo siguió instantes después.

—No pareces nervioso ante la inminente marcha.

—No lo estoy —confesó con un tono de voz modulado—. Siempre he sabido que este momento tendría lugar, y estoy preparado para ello.

Gael tomó el vaso de cerveza y lo alzó en señal de brindis.

—Te vamos a extrañar muchísimo —admitió el amigo con mirada llena de añoranza.

No se había marchado todavía, y ya sentía en el cuerpo su ausencia.

Los padres de Gael y Eryn traían una bandeja con emparedados. Anne, la madre, mostraba los ojos llorosos. Aidan era muy querido entre los O'Brian pues siempre lo habían considerado un miembro más de la familia.

—Vas a estar muy ocupado en tu tercer año de universidad como para echarme de menos —apuntó Aidan antes de tomar un trago de cerveza.

—Me faltará el hermano sensato que siempre impide que me meta en problemas.

La mirada azul de Aidan se oscureció por un momento. Le preocupaba enormemente esa tendencia de su amigo a saltarse, por su ideología, las reglas establecidas.

—Confío que el trabajo que vas a desempeñar como informador en la próxima Eurocopa de Alemania, te mantenga alejado de las tentaciones y problemas —le recordó.

Gael estudiaba en la Universidad Queen's de Belfast, y trabajaba eventualmente para un diario deportivo. Con la celebración de la Eurocopa de fútbol en la Alemania Federal de ese año, iba a tener un verano muy ocupado. Él, por el contrario, había estudiado en un seminario en la ciudad de Santiago de Compostela en España, donde había conocido y hecho buenos amigos. Una vez finalizado sus estudios secundarios tenía que trasladarse a Roma para continuar su instrucción en la Universidad Pontificia Gregoriana.

Allí se encontraba su tío, Derry O'Conaill.

La pequeña Eryn bajaba por las estrechas escaleras. Aidan se levantó galante cuando hizo su aparición en la es-

tancia. Eran esos gestos innatos y para nada premeditados los que alimentaban el amor que la muchacha sentía por él. Ella tomó asiento frente al mejor amigo de su hermano. Se resistía a mirarlo porque temía acabar de nuevo en llanto. Gael quiso romper el incómodo silencio que se había establecido entre los presentes tras la llegada de Eryn.

—Te hemos comprado un regalo que te acompañará en tus solitarios y melancólicos días en Roma —Eryn lo llevaba en las manos.

—Roma es una ciudad alegre y llena de sol —afirmó Anne que no había entendido la doble intención de las palabras de su hijo—. Dudo que sienta soledad y melancolía.

Eryn alzó el rostro al fin, y miró al muchacho de dieciocho años que le había robado el corazón. Tragó la saliva espesa, y parpadeó porque sentía ganas de llorar de nuevo al escuchar a su madre.

¡Roma estaba tan lejos de Omagh!

—Eryn te lo entregará en nombre de todos.

La muchacha le ofreció una pequeña caja de regalo que sostenía entre sus temblorosas manos. Aidan la aceptó con una amplia sonrisa, y el corazón de ella estalló en miles de pedazos. ¡Dolía tanto quererlo! ¡Le hería tanto que se marchara!

—¿Por qué os habéis molestado? —Aidan tomó el paquete sin dejar de mirar el rostro de la muchacha que estaba contraído por la pena—. Yo también voy a extrañarte mucho, pequeña.

—Por favor, perdonadme —se excusó abandonando la estancia de forma precipitada.

Aidan sujetó el pequeño paquete con semblante serio, y contemplando la marcha inesperada de la chica. Imaginó que así se comportaban los amigos de verdad ante una despedida.

—Lleva muy mal tu marcha —le dijo Gael aunque sin ahondar en el tema. No quería ser desleal a su hermana confesándole a su amigo la verdadera razón para la tribula-

ción que mostraba, además, estaba convencido que era un capricho pasajero, y decidió no darle más importancia—. ¿No vas a abrir tu regalo?

Aidan asintió. Deshizo el nudo del lazo blanco que cerraba la caja. Cuando la abrió, un libro negro con letras doradas quedó expuesto a sus ojos. Era un misal devocionario del rito romano pero que había sido traducido al gaélico. Era un regalo único.

—Para que nos recuerdes —apuntó Niall O'Brian, el cabeza de familia.

Cuando Aidan abrió las finas y blancas hojas, se percató que la mitad de ellas estaban en blanco. Levantó los ojos con sorpresa.

—Es un misal un poco especial —aclaró la madre.

—Podrás incluir pensamientos en gaélico que te ayuden a resistir la tentación de olvidar tus raíces irlandesas —le explicó Gael. Aidan seguía pasando las delicadas hojas —, o cuando te aburran las misas del Santo Padre. Se comenta que son largas y tediosas.

—Es precioso —logró decir realmente emocionado—. Y las misas del Santo Padre nunca aburren —corrigió a su amigo con tono amable.

Eryn había regresado al salón. Tenía los ojos más hinchados todavía.

—Será como una especie de diario santo —apuntó la madre.

—Siempre os llevaré en el corazón —correspondió Aidan.

—Recuerda que eres parte de nuestra familia —le dijo Anne sonriendo—. Eres muy querido para nosotros, y estamos muy afectados por tu marcha. También muy orgullosos.

—Te quiero, Aidan —declaró la muchacha de pronto, un instante después rectificó completamente azorada—. Todos te... queremos... mucho —balbuceó.

—Brindemos por el hijo del hombre que se marcha, y por el siervo de Dios en el que regresará —invitó el progenitor.

CAPÍTULO 1

Estado de la Ciudad del Vaticano, Roma, 1998.

Diario de Eryn O'Brian

Millares de palabras no te traen de vuelta a mi lado, ni aunque lo intente ciento y mil veces cada día. Tampoco millares de lágrimas porque las derramé en el pasado cuando te fuiste, en el presente porque estás muy lejos, y las seguiré vertiendo en el futuro esperando tu regreso porque no me resigno a perderte.

Misal devocionario de Aidan

La fe ha traído fuego a mi alma, ¿y qué ha de pretender sino que arda?

Aidan se dirigía hacia la plaza desde la Via Conciliazione. Al fondo estaba la magnífica fachada de la Basílica de San Pedro. Como siempre, estaba llena de turistas, y de largas colas que obstaculizaban el paso a los religiosos. La plaza era una enorme explanada trapezoidal que se ensanchaba lateralmente mediante dos pasajes con forma elíptica: con columnatas rematadas en una balaustrada sobre la que se asentaban las figuras de ciento cuarenta santos de diversas épocas y lugares. Tratar de alcanzar la Basílica se convertía en ocasiones en una competición de evasión de obstáculos.

Un turista japonés casi lo arrolla al tratar de hacerse una foto de espaldas al obelisco, aunque se disculpó y él le ofreció una sonrisa gentil.

Aidan sentía apremio. Había mantenido una larga conversación con el obispo Messola, y que le preocupaba mucho. La charla había versado sobre Salvador de la Vega: el seminarista español que se había convertido en su mejor amigo en los años que duró la instrucción de ambos en Santiago de Compostela. Tenía que hablar con su tío y es-

cuchar su versión sobre el tema, porque no aceptaba que lo enviaran a Nápoles cuando su amigo ansiaba ser misionero en África.

Juntos habían hecho grandes planes.

—Monseñor O’Conaill —lo llamó desde el interior del despacho y esperó.

Durante quince largos minutos, el silencio fue su único acompañante. Aidan meditaba en un ir y venir de pasos que mostraban la preocupación que sentía. Finalmente el tío de Aidan hizo su aparición. La mirada que le dirigió era de auténtica reprobación.

—El tiempo siempre es escaso para el que lo necesita, y por eso me resisto a desaprovecharlo en cuestiones de mínima importancia.

Aidan se puso rígido. Era una de sus frases típicas, como si solo el uso de su tiempo fuera valioso.

—Soy consciente de ello, Monseñor...

—Tío —lo corrigió Derry—. A solas puedes llamarme con la familiaridad apropiada y requerida pues somos parientes directos.

—Lo que me trae hasta aquí es un asunto de máxima importancia, y que acabo de conocer por el obispo Messo-la.

—La frase *máxima importancia* es de una concepción muy diferente para ambos —le respondió—. La paciencia es la fortaleza del débil, y la impaciencia, la debilidad del fuerte.

—¿Por qué se ha rechazado mi petición de ingreso en el Pontificio Colegio Español de San José? —preguntó directo.

Derry se tomó su tiempo en responder. Miró a su sobrino de una forma que logró inquietarlo, con esa mirada penetrante que decía mucho sin pronunciar palabra.

—Porque debes finalizar tu preparación en la Pontificia Universidad Gregoriana —le recordó—. Allí se forman los mejores obispos.

Aidan tragó con fuerza. Esa era la aspiración de Monseñor para su futuro. Sin embargo, no era lo que él anhelaba. Su ambición no llegaba hasta ese punto.

—Con un arzobispo en los O’Conaill es suficiente —dijo refiriéndose a su tío, y sin que le temblara la voz—. Solo aspiro a ser misionero.

Monseñor O’Conaill cruzó las manos en la espalda al mismo tiempo que daba un paso hacia delante. Esa vena de rebeldía en su sobrino lo preocupaba en verdad, aunque hacía poco tiempo que la sacaba a relucir en su presencia. Siempre había sido un muchacho manso, obediente, serio e introvertido. No obstante, uno de los compañeros que había estudiado con él en la ciudad de Santiago de Compostela, había decidido continuar su instrucción en Roma, y había resultado decisivo para el cambio que se había operado en su sobrino. Salvador de la Vega, pariente del cardenal Gregorio de la Vega, quien a su vez era arzobispo en la ciudad de Madrid, no era una buena influencia para Aidan, y las últimas palabras de su sobrino venían a confirmarlo.

—Parece que escucho las palabras de tu compañero de estudios y no las tuyas —Aidan siguió mirando a su tío con atención—. Gracias al Todopoderoso tienes una magnífica oportunidad de formarte para ser alguien importante en el Vaticano.

—Salvador es la persona que más me ha ayudado en mi estancia en Roma.

Derry censuró con palabras a su sobrino.

—Creí erróneamente que la mejor ayuda que habías recibido era la de nuestro Señor.

Ese había sido un golpe certero. Aidan creía que su tío había movido los hilos para alejar a su amigo de Roma, y de la supuesta influencia que creía que ejercía sobre él.

—Acompañar a Salvador de misionero a África es lo que más deseo, lo sabes, pues lo he expresado en infinidad de ocasiones.